

1038

Le recuerdo, bronceado
por el oro de un crepúsculo agresivo:
sensitivo,
pero duro y atezado
como están los terruñeros que el sembrado
fecundizan y trabajan,
sobre un fondo de campanas sonoras
y un crujido de llanuras ardorosas
que sedientas bajo el sol se resquebrajan.

Le recuerdo así: cocido.
Barro seco. Tez cetrina.
Confundido
con la entraña de la tierra salmantina.
Y si acaso en el perfil asemejaba
mitad buho, mitad cuervo,
cuando hablaba en Castilla, era en su verbo
ella misma quien hablaba.

Vasco rudo,
de Vasconia retenía
lo mejor: aquel desnudo
modo audaz de ver las cosas. Y escribía
sin adorno;
sin metáforas viciosas.
Su lenguaje, hierro al horno;
sus ideas, laminadas, luminosas.

Ciencia helénica y latina.
Clasicismo.
Y en el aula, con palabra cervantina,
rebatiéndose premisas a sí mismo.
Cada día, una distinta paradoja;
cada vez, un sesgo nuevo a su razón.
Si en el rostro una figura de Pantoja,
dentro, joven y rebelde el corazón.